

EL DISCURSO POLÍTICO DE OCTAVIO PAZ

Por Julio Ortega

Para formalizar una lectura de los textos políticos de Octavio Paz (reunidos en *El Ogro filantrópico*, 1979 y en *Tiempo nublado*, 1983) podríamos empezar por la reconstrucción de su biografía intelectual, lo que seguramente explicaría, o por lo menos situaría, no pocas de sus obsesiones y temas centrales; podríamos también, más allá de la biografía, trazar el mapa de esos temas y el sentido de sus opciones y posiciones en el mapa más amplio del debate político contemporáneo, lo que nos permitiría tal vez precisar la variante de su crítica en el espectro de las izquierdas, la tradición anarquista, el liberalismo reformista, y, en fin, en la especialización de los discursos intelectuales que compiten por el sentido nacional. Si la primera aproximación sería necesaria para uno de los capítulos, aunque no precisamente el de mayor importancia, de la historia moderna de un poeta; la segunda aproximación seguramente interesaría más al sociólogo de la cultura, quien siguiendo a Weber podría diseñar las funciones sociales del intelectual en los procesos de modernización; estas funciones tienen que ver con el valor institucional del discurso, con su especialización de fuente legitimadora de las opciones políticas, sea dentro del poder o en su oposición, en el espacio de los debates por los modelos dentro de los sectores modernos de América Latina. Particularmente en México, la producción del discurso parece una de las especialidades más dinámicas de este sector moderno y su pequeña burguesía ilustrada. Más allá de las intenciones y las posiciones políticas, esta impresionante producción ocupa a centros de investigación, universidades, medios de comunicación, revistas especializadas, editoriales y, naturalmente, organismos del aparato de Estado; y los ocupa elaborando una información no pocas veces crítica en su misma naturaleza documental, aunque el Estado ejerce un control de mucha de esa información al generarla dentro de su sistema. En la tipología de la producción del discurso en América Latina, esta variante es ilustrativa no sólo de las incauciones del Estado sino también del rol social de los intelectuales más académicos, cuya crítica social o política no ha pasado aún por la autocritica de su lugar en el discurso. No es casual que Octavio Paz haya sido el centro de encendidas polémicas ge-



Foto: Rogelio Cuffler

neradas por sociólogos, politólogos o historiadores, todos guardianes de su medio altamente especializado. No digo que Paz tenga más o menos razón que los especialistas, sino que una competencia por las percepciones y reordenamientos de la información es connatural a los productores del discurso. Por otra parte, hay una monopolización tácita sobre el sentido de la información nacional de parte de las ciencias sociales; pero si bien es cierto que han documentado válidamente nuestras realidades no han sustituido, con su discurso, otras percepciones de esas realidades; al contrario, puede hoy decirse que el entendimiento de una experiencia nacional sería parcial si se basase únicamente en las ciencias sociales, y mucho más limitado si abandonase los registros del discurso literario.

El discurso político latinoamericano

Sin embargo, una tercera posibilidad de aproximarse a estos textos de Paz se abre desde la perspectiva misma del discurso político hispanoamericano, de tradición humanista y liberal, que ha ido produciendo, a través de las distintas formas de la conciencia histórica, su lógica, sentido y diferencia. En esta tradición casi todos nuestros intelectuales, desde el comienzo mismo de las formaciones nacionales, han participado intensamente tanto en la vida política como en la elaboración discursiva de los modelos y el debate por las prácticas.

De todas las posibilidades, es ésta la que me parece ofrece una lectura más compleja y quizás integrada, y hasta recuperadora, del pensamiento crítico de quien ha ocupado un lugar decisivo en el espacio intelectual nuestro. Claro que ese pensamiento sólo es político en una de sus dimensiones, y, repito, no la más importante. Porque Paz ha partido de una amplia reflexión sobre la naturaleza de la poesía en nuestro tiempo, reflexión que devuelve el rostro del hombre actual, despojado de su uso pleno de la palabra por la diversa decadencia moral y política de la modernidad. Y, sobre esta recusación, la política será percibida como la fuerza hacedora de la modernidad, esto es, como la expresión de la civilización del progreso y la filosofía económico-social del desarrollo. Esta recusación de la política sólo deja lugar, en su contradicción, a una suerte de anticapitalismo romántico;

esto es, a la idea de la vuelta atrás, hacia las fuentes colectivistas de la revuelta campesina y el antiestatismo. De modo que este discurso político se ocupará de discutir las dimensiones distorsionadoras de la opción por la modernización, es decir, las consecuencias generadas por los agentes del desarrollo, sean éstos los estados, los partidos, las ideologías o las tácticas. De antemano, tanto en el capitalismo como en el comunismo y en el Tercer Mundo, la filosofía del desarrollo está lastrada por sus propias contradicciones e imposibilidades; y, por tanto, los que protagonizan su política sólo revelan los límites de la sociedad moderna: el estado autoritario, la división militar y económica del mundo, la repartición de la pobreza, el fracaso de la utopía igualitarista. Como se ve, el discurso político de Octavio Paz es, fundamentalmente, una crítica del poder.

La crítica de la razón política

De las otras perspectivas, una podría analizar el discurso político de Paz como parte de su biografía intelectual, hemos dicho, y en ella, sin duda, la gran confrontación del pensamiento libertario y el comunista ha dejado sus huellas permanentes. Una y otra vez, Paz vuelve a esa intensa polémica, sobre todo a partir de las denuncias en Francia del "universo concentracionario" soviético, y es indudable que su discurso preserva la entonación de ese debate. Otra perspectiva podría darnos el cotejo y la discusión de sus posiciones políticas frente a la Guerra Civil española, el PRI, la revolución cubana, la confrontación norteamericano-soviética, etc.; pero me temo que esta revisión sólo serviría para calificar sucesivamente a Paz, lo que es un ejercicio prolijo indiferenciado por el cual uno, naturalmente, estaría de acuerdo en esto y en desacuerdo con aquello. Supongo, por ejemplo, que en los años ochenta de América Latina, la confrontación norteamericano-soviética, ya no es una opción por modelos ideológicos sino una amenaza concreta a cualquier proyecto independentista, una frontera con la cual se nos obliga a limitar por uno u otro lado de esos bloques hostiles a nuestro futuro. Por otra parte, ¿qué hacer con las posiciones políticas de un ciudadano, que en este caso es un gran escritor, cuya vocación es precisamente la crítica de la razón política? No tendría mucho sentido, creo, simplemente aprobar o desaprobar sus opciones, acordar o desacordar con las mismas una conducta política. Hoy por hoy está generalizada la opinión de que Paz ha ido derivando hacia una posición conservadora, aunque me parece un derroche perderlo sin discusión para las posibilidades de un pensamiento político alternativo, ya que no hay más remedio que rehacer ese espacio luego de las grandes lecciones de estos años y los mayores desafíos inmediatos. Para esa recuperación, yo me atrevería a proponer el cotejo de lo que va de Mariátegui a Paz. El primero nos ha señalado la posibilidad del socialismo alterno a los modelos hegemónicos; el segundo, la crítica al optimismo del progreso y al estado autoritario.

Esta es, claro, la demanda que de Paz haríamos a Paz, y de la cual él mismo puede ser irresponsable. Porque no en pocas cosas Paz se parece a Sartre: en la conciencia de que la política es una dimensión moral, en la capacidad discursiva del sujeto de la opinión, y también en cierta entonación argumentativa y polémica, como si la discusión política fuese un espacio especializado del discurso intelectual; al mismo

tiempo, si uno relee los textos políticos de Sartre junto a los de Paz, se sorprende al encontrar en ambos otro parecido; aparte de su inteligencia ardiente percibimos que entre el sujeto que reflexiona y el objeto discutido hay una situación resuelta de antemano; el objeto siempre es controlado por el sujeto, de modo que el discurso termina siendo elocuente pero monologante. Esto es, el objeto no pone en cuestión al sujeto. Sartre se equivocó muchas veces, y Paz ha acertado no pocas. Pero no se trata de ello, sin duda, porque ¿qué haría uno con un escritor que siempre tuviese razón? Ponerlo al centro del poder mismo, sin duda. Pero aquí se trata, justamente, del revés del poder. La diferencia mayor es otra: Sartre creía en la necesidad de responder siempre, y muchas veces respondió magníficamente. Paz, por su parte, no ha asignado a la política una dimensión central a la vida cotidiana y, por el contrario, ha hecho su crítica. Por eso, en el fondo del discurso de Paz hay una suerte de pesimismo político, y esa distancia interior, ese no-compromiso final, es una más radical crítica al poder, y a la lucha por el poder que está en la naturaleza de la política. Sin paradoja, así, la razón política no se rinde a la política: ésta debe sostenerse en una racionalidad superior a ella; en la moral, por un lado, en la búsqueda de alternativas comunitarias por otro. Sería injusto, por lo demás, demandarle ese otro diseño, cuando sabemos bien que las alternativas sólo son virtuales y, hoy por hoy, pasan por la redefinición de la política en la dimensión de la cultura, en la especificidad de nuestras sociedades pluriculturales, desrepresentadas en estados nacionales y sistemas políticos que refuerzan la estratificación de todo tipo. Hoy que la vida cotidiana es absorbida por todas las formas del mercado, donde se produce la actual "despolitización de la política" (Norbert Lechner), las alternativas recomienzan, sin duda, en la recuperación de las identidades colectivas y culturales, negadas por el neoconservadurismo de retórica liberal y "democrática" pero de praxis colonial y autoritaria.

Pero para recuperar la parte fecunda del discurso político de Paz habrá que adelantar, necesariamente, su crítica. No por una mecánica dialéctica, sino para caracterizar el lugar desde donde ese discurso se produce, el espacio de comunicación que instaura, los interlocutores que convoca, y el sentido que postula en los modelos de la reflexión sobre nuestra experiencia histórica. No hay otro modo, creo yo, de situar seriamente su discusión, ya que someterlo a la prueba del error o el acierto, la ideología o las posiciones reforzadas, sólo sería hacerlo ingresar a la lucha por la autoridad de los discursos en el espacio menor de su inmediatez, lo cual sería negar que su impulso mayor se cumple en su articulación al debate por un pensamiento político más nuestro, menos traumático y capaz de expresar, alguna vez, no el mero sentido común del desengaño sino la necesidad radical de seguir imaginando.

El lugar propio del escritor es la marginalidad

¿Desde dónde, en efecto, se produce el discurso político de Paz? Paz ha repetido que el lugar propio del escritor es la marginalidad, esa independencia frente a los partidos y los poderes que autentifica la validez moral de la crítica. Y esto parece del todo razonable en una tipología de las funciones del intelectual: una de ellas privilegia su distancia frente a

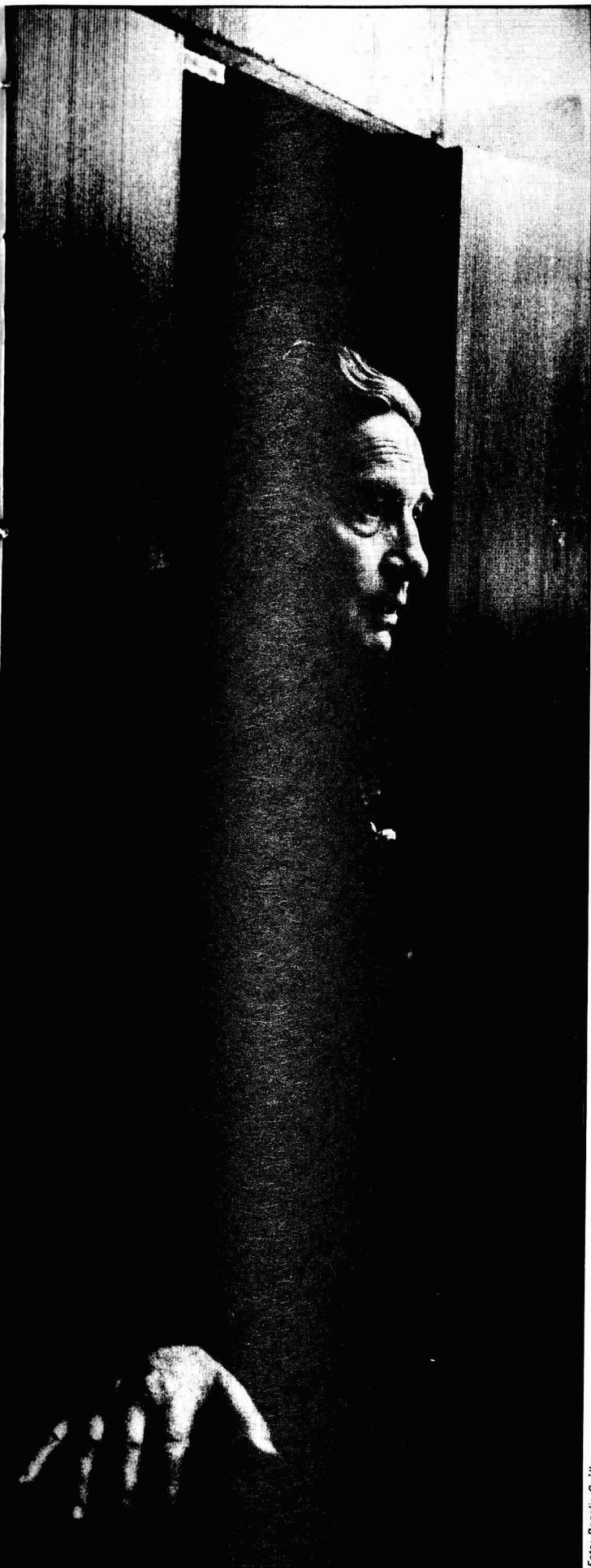


Foto: Rogelio Cuéllar

las instituciones mediadoras del poder como la condición de su posible eficacia crítica. Quizá por esto mismo no pocos intelectuales franceses prefieren hoy mantenerse al margen del gobierno socialista de Mitterrand. Pero, obviamente, tampoco podríamos hacer de esta marginalidad un espacio, por inversión paradójica, autónomo: terminaría siendo el único lugar privilegiado entre los discursos sociales del país, y, en consecuencia, el lugar de la autoridad incontestable, de la razón suficiente; en fin, otra fuente piramidal de poder. De un poder, además, sin fiscalización posible, ya que su crítica estaría descalificada por venir de los no-marginales, aquellos que hablan por las instituciones culpables. No se trata, evidentemente, de semejante marginalidad aprovechada, sino de la otra, la más propia del escritor, sin otro poder que el de la palabra comunitaria. Esa marginalidad, qué duda cabe, es uno de los espacios de libertad, uno de los pocos, desde donde la crítica puede ser no sólo un llamado moral sino también una denuncia comprometida y actuante. Manuel González Prada, por ejemplo, fue marginal en ese sentido, y su discurso central a la conciencia nacional peruana. Que este no es el único espacio posible lo demuestra, otra vez, Mariátegui: su crítica pasa por la organización sindical y por el partido socialista independiente en su dimensión nacional definitoria. Este otro espacio no ha tentado a Paz, quien se ha mantenido coherente a su opción, sin duda con inteligencia. Pero este otro espacio no es, de ninguna manera, oficial: se da como una praxis, frente a los espacios incautados por las clases dominantes y el colonialismo. Hay, pues, se diría, una marginalidad de otro signo, cuyas posibilidades de independencia seguramente pasan por el pluralismo, la acción anti-colonialista, la autogestión, la crítica del sistema partidario, la producción del sentido nacional, la democracia de bases, la real.

Paz y Sartre

Si enseguida nos preguntamos por quiénes protagonizan el discurso político de Paz, qué interlocutores supone, tendríamos que levantar el repertorio de los sujetos políticos convocados. Es aquí donde radica la parte probablemente más estimulante de este discurso: su permanente crítica a las formas autoritarias, especialmente al autoritarismo del estado socialista. Nadie podría negar que Paz es uno de los más puntuales y lúcidos críticos de los distintos discursos de izquierda, sobre todo de la vieja ortodoxia del Partido Comunista y de la burocracia estatista que niega el verdadero sentido del socialismo. En segundo lugar, su crítica antiestatista se dirige al Estado mexicano y su peculiar diversificación de poder y ocupación de la sociedad civil. Esta es, seguramente, la parte más específica de este discurso, ya que cuestiona prácticas, conductas y opciones. Es evidente que Paz ha criticado, asimismo, el imperialismo norteamericano, las cegueras de los Estados Unidos con América Latina, y las dictaduras militares que ha promovido. Es también sustancial su crítica al desarrollo capitalista, a su despojamiento de la persona humana en los espejismos del progreso, a su destrucción de los medios naturales, a su ocupación del espacio de las alternativas comunales y espirituales. Todo esto hace de Paz, en efecto, un “hombre de conciencia”, alguien —otra vez, como Sartre— cuyas opiniones nos conciernen y nos inquietan, y nos demandan respuestas.



Foto: Rogelio Cudeller

En México, Paz ha gravitado e influido sobre el discurso político de otros escritores tan importantes como Carlos Fuentes (en quien vibra una mayor pasión del sujeto conmovido por su tema, y quien es el mejor representante de la crítica latinoamericana a la política de los Estados Unidos en nuestros países); o como Carlos Monsiváis (cuya patología de la vida cotidiana mexicana tiene la convicción de la crítica al capitalismo como distorsionador de la cultura y manipulador de la conciencia); además de varios otros excelentes ensayistas políticos que, desde la izquierda, dialogan implícitamente con las provocaciones de Paz. Inevitablemente, hay amplias zonas del discurso político moderno que no han pasado por los intereses de Paz, y me refiero a debates tan importantes para una nueva política como son los de la autogestión, la democracia participatoria, el marxismo anti-autoritario, la teoría crítica, la sociología de la violencia, la teoría de la especificidad cultural, y, en fin, la crítica al mismo modelo político que heredamos de las luchas de la emancipación y que se ha agotado en todas sus variantes, incluida la "democracia" nuestra, sólo electoral, nueva avanzada del ogro poco filantrópico del Estado imperial que convierte a nuestros estados en pobres pero feroces agencias bancarias de su sistema colonizador.

El discurso político y los intelectuales

El espacio de los interlocutores parece privilegiar en el discurso político de Paz a los intelectuales, y entre ellos, a una figura paradigmática, el intelectual estalinista, un espécimen nada frecuentable. Es verdad que el dogmatismo de las izquierdas partidarias nuestras no ha cesado, y sólo se ha diseminado en la forma traumática del irracionalismo político; aunque, al mismo tiempo, es claro que en las dos últimas décadas se han ido generando, lentamente, formas de un pensamiento político socialista y antiautoritario pertinentes y maduras. Ese pensamiento, aún no articulado, parte, justamente, del reconocimiento válido de los interlocutores políticos (toda otra aproximación a un discurso político sería dogmática) en los procesos de la necesaria concertación que es la base de cualquier posibilidad de una vía realmente socialista. Ahora bien, Octavio Paz parece más bien construir a un destinatario que su discurso caracteriza como el Intelectual de Izquierda; sólo que, con frecuencia, las caracterizaciones que hace Paz de una genérica "izquierda" no coinciden con lo que uno entiende o conoce por tal. Se necesitaría documentar esto que adelanto, pero su noción de izquierda muchas veces resulta genérica: ¿se trata de los partidos de izquierda? ¿o se trata de la izquierda intelectual no partidista? ¿o, tal vez, de los escritores pro-cubanos? Ese sujeto de izquierda, por otra parte, se hace todavía menos objetivo

si tratamos de situarlo en las distintas experiencias nacionales de la izquierda latinoamericana; y, en cualquier caso, de lo que no se trata es de la izquierda socialista democrática. Lo que sin duda ocurre es que Paz opta por definir un discurso político como interlocutor, y lo define como de izquierda a partir de la tradición política del marxismo, la distorsión del socialismo en los países en verdad anti-socialistas, y las burocracias y clientelaje político e intelectual en la izquierda "profesional": este interlocutor monstruoso es implacablemente desbaratado por su propio constructor. (Aunque también es probable que Paz se esté dirigiendo a sectores de la izquierda mexicana, de difícil identificación; pero también sería absurdo reducir estos textos a un discurso político *a clé*.) Sea como sea, la poderosa crítica de Paz a "la izquierda" tiene la convicción de lo demostrable y, para el lector, el estímulo de buscar alternativas. Ya que esas alternativas no están, no pueden estar, en los modelos del mal llamado "socialismo real", y tampoco pueden estar en la feroz injusticia y decadencia moral del capitalismo reganiano y fridmaniano, sólo pueden estar en la diferencia que hagamos para la justicia y el pluralismo. Paz, no hay que olvidarlo, ha hecho la crítica del marxismo dentro de la tradición de la izquierda recusadora del modelo soviético, y la ha hecho con sus instrumentos libertarios y trotskistas; y ha ampliado esa crítica a las formas autoritarias del capitalismo de estado. Pero, inevitablemente, nos abandona al centro de ese debate, cuando es imperioso hacer una mejor crítica de las distorsiones del sistema capitalista y colonial en América Latina.

Esa crítica tendrá todavía que pasar por el cuestionamiento de la conversión del espacio intelectual en espacio del mercado, de la que son responsables los intelectuales neoliberales, cuyo lugar en la producción del discurso está definido por los términos del valor de cambio, de modo que han convertido la ideología liberal y su aparato estatal "democrático" en el discurso de una práctica de la "libre oferta y demanda". Hoy por hoy, las tecnocracias de la crisis, los especialistas neoconservadores y los escritores y artistas liberales, constituyen la nueva clientela de un Estado que Octavio Paz no había imaginado, y que es tan monstruoso como el suyo: el Estado que gestiona la dependencia colonial, refuerza la estratificación produce más desigualdad, reduce el índice de vida, utiliza el mercado de baratijas como espacio de conversión ideológica (la basura importada de Taiwán tiene valores añadidos que desplazan a los locales), y fomenta, por tanto, una desnacionalización de la vida cotidiana, acudiendo, cuando es necesario, a la violencia y a la represión, a los militares que, irónicamente, son la columna vertebral de su proyecto. Este es el nuevo autoritarismo donde se dan la mano los tecnócratas y financistas que estuvieron en el monetarismo argentino y en el chileno, pero también en el Perú de Belaúnde, lo que demuestra que la mayor distancia no está entre gobierno militar y civil sino entre gobiernos más o menos independientes (Allende, Velasco, Nicaragua hoy, todos ellos asaltados por la hegemonía bancaria) y gobiernos dependientes, sean éstos de la dictadura impuesta o de la "democracia real". Paz nos deja antes de esta discusión, cuando todo lo demás, la difícil alternativa, es otra vez una demanda por nosotros mismos. De cualquier modo, sus ensayos políticos —por mucho que nos separemos de varios de sus juicios y opciones— son un excelente alimento para nuestra salud crítica. ◇